

Habacuc



La pervertida justicia de los impíos (1.7-11)

John L. Kachelman, júnior

Formidable es y terrible; de ella misma procede su justicia y su dignidad. [...] Toda ella vendrá a la presa; el terror va delante de ella, y recogerá cautivos como arena. Escarnecerá a los reyes, y de los príncipes hará burla; se reirá de toda fortaleza, y levantará terraplén y la tomará. Luego pasará como el huracán, y ofenderá atribuyendo su fuerza a su dios (1.7-11).

Sir Thomas More acuñó la palabra «utopía» en el siglo dieciséis. La usó como título de un libro que escribió, sobre una comunidad ideal que habita en una isla imaginaria. Hoy asociamos «utopía» con un orden mundial perfecto, donde no hay mal, ni injusticia, ni inhumanidad. En nuestras «utopías» todo es «imparcial». Lo interesante es que el significado literal de «utopía» es que «no existe tal lugar». Irónicamente, al esforzarse por ver realizada la utopía, la gente de hoy persigue un sueño irrealizable, porque la vida terrenal está llena de tragedia, aflicción e injusticia. Dios nos ha advertido acerca de las «aflicciones» de la vida (cf. Job 14.1), pero nosotros a menudo rehusamos reconocer que la vida debe incluir «aflicciones». Andamos vanamente buscando nuestras propias «utopías». Especialmente se encuentra este ideal en los cristianos que esperan que Dios haga «perfecta» la vida. Cuando las injusticias emergen, se culpa a Dios. Algunos abandonan a Dios porque creen que Él se ha vuelto indiferente a las desigualdades terrenales. En esta creencia se encontraba Habacuc según se consigna en 1.7-11.

El profeta no había abandonado a Dios, pero tenía serias dudas acerca de la sensibilidad del Todopoderoso para con las situaciones terrenales. Parece que Habacuc esperaba que Dios diera forma a un remedio ideal para las injusticias que habían dado origen a la primera pregunta: «¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás...?» (1.2-4). Cuando

Dios reveló el «remedio» a Habacuc, este se espantó. El «remedio» de Dios parecía peor que el pecado de Judá.

En respuesta a la primera interrogante de Habacuc, Dios dijo que la injusticia de Judá sería castigada. Dios estaba «preparando» a los caldeos, que gobernaban el Imperio Babilónico, para castigar al pecaminoso reino sureño. Caldea ya era famosa por su desenfrenado mal. La idea de ser invadidos y dominados por esa nación era espantosa.

Este «levantar» a una implacable nación para castigar al pueblo de Dios no era un anuncio nuevo. Moisés había dicho a Israel que si el pueblo rechazaba la ley de Dios, una nación terrible vendría «de lejos» y los conquistaría (cf. Deuteronomio 28.49). Si tan solo Judá hubiera recordado esta advertencia, tal vez hubieran evitado la horrible situación. Ahora era demasiado tarde, ¡no había escapatoria! Judá se había apartado de Dios y había andado en sus propios caminos. Despreciaron la Palabra de Dios y rechazaron a los profetas de Dios. Ahora la rebelión de ellos había de recibir la debida retribución. ¡El juicio era seguro!

La implacable nación de Babilonia revela los viles y corruptos valores que guiaban a todos los que hacen a un lado los valores morales de Dios. Los principios de tales valores se hacen patentes hoy. La ruina aguarda a los que continúan despreciando la Palabra de Dios. Estudiemos 1.7-11 y contemplemos algunas verdades acerca de la justicia pervertida de los impíos.

LA BASE PARA LA AUTORIDAD DE ELLOS: ELLOS MISMOS (1.7)

Los Babilonios se dirigían *a sí mismos*. «El carácter de ellos radicaba en la autosuficiencia que no reconocía autoridad ni dependencia superior,

que era equivalente a la deificación de sí mismos».¹ La «autoridad» que sustentaba la conducta de ellos descansaba en ellos mismos y no dependía de Dios. Habacuc escribió: «... de ella misma procede su justicia y su dignidad». Creían que eran sumamente importantes; ¡creían que no necesitaban a Dios para ser poderosos! Esta arrogancia parecía ser característica de los reyes babilonios. Ejemplo de ella es la vanagloria del rey Nabucodonosor, cuando expresó: «¿No es ésta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?» (Daniel 4.30). Los soberanos arrogantes no consideraban que la grandeza de Babilonia era atribuible al «levantamiento» de parte de Dios que elevó a la nación a un estatus de importancia. ¡Este vano orgullo caracteriza a todas las potencias mundiales que no reconocen a Dios como Soberano de ellas!

La «justicia» de Babilonia también se originaba en ella misma: ella era la ley. Por lo tanto, ¡era una ley de sentimientos, no de valores objetivos! Este es un enfoque que no tiene sentido, porque ¿quién puede encontrar justicia en una ley que se basa en emociones variables? La ley de Babilonia que se dirigía a sí misma, había desechado a Dios: «... el rey hará su voluntad, y se ensoberbecerá, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas...» (Daniel 11.36). Esta «justicia» caracteriza la actitud del «anticristo» que se opone al gobierno de Dios (cf. 2ª Tesalonicenses 2.4). Esta autoridad y justicia que se originan en sí mismas hacían a los babilonios «implacablemente arrogantes, no teniendo ley superior a la cual dar cuenta, excepto ellos mismos».² Debemos considerar la autoridad y la justicia apropiadas en nuestras vidas. ¡Dentro de esta autoridad que se originaba en sí misma, estaba el germen que gradualmente alejaría cada vez más a Babilonia de Dios y la hundiría cada vez más en la desaparición como potencia mundial gobernante!

Debemos poner atención, para que no seamos partícipes de esta culpa y descubramos la ira de Dios centrándose en nosotros, llevándonos a la total destrucción. ¡Debemos someternos a la autoridad de Dios! Son numerosas las Escrituras que exhortan a las naciones a reconocer la soberanía de Jehová y a someterse a ella (cf. 1º Crónicas

29.11–12; 2º Crónicas 20.6; Isaías 33.22).

LA FUERZA DE ELLOS: PODER MORTAL (1.8, 11b)

No podía negarse la sobrecogedora fuerza de Babilonia. Los ejércitos eran abrumadores (cf. Jeremías 4.29; 6.23; 8.16; 50.37; Ezequiel 23.23–24; 26.7–10). Las metáforas que Habacuc usó en 1.8–11, describen a esta nación como una potencia poderosa: los caballos de guerra de Babilonia eran veloces y agresivos; se acercaban rápidamente y la destrucción que dejaban era completa. No había ejército más fuerte que el de Babilonia, y esta realidad sembraba el terror en los corazones de todos los que se encontraban a su paso. Este poder engañaba a los gobernantes de Babilonia. Belsasar se jactaba de que Babilonia era invencible (cf. Isaías 14.13–14). ¡El rey creía que él era más poderoso que Dios!

El anticristo representa a todos los que presumen que el poder mortal es autosuficiente. Ellos llegan a confiar en sí mismos y no ven la necesidad de Dios. De hecho, a menudo consideran que depender del poder de Dios es debilidad. Aquellos que en nuestra sociedad piensan de este modo, ¡son en gran medida como la Babilonia de antaño y serán partícipes de la humillación que sobrevino a esta!

Solo los ignorantes creen que poseen fuerza independiente y que es suficiente. No se dan cuenta de que el poder mortal es insuficiente porque los hombres «habitan en casas de barro, [sus] cimientos están en el polvo y [...] serán quebrantados por la polilla» (Job 4.19; cf. 35.2). El salmista describió el poder mortal como «la vanidad», «como la sombra que pasa» (144.4). Jeremías dijo a los que confiaban en el poder mortal de la alianza asirio-egipcia, lo siguiente: «Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo» (Jeremías 17.5). Aun con estas claras advertencias, la gente sigue confiando hoy en la fuerza mortal. Muchos se dan cuenta, cuando ya es demasiado tarde, de que la suficiencia de la cual presumieron, ¡es insuficiente!

Los cristianos deben levantarse y pelear contra la engañosa idea de que la fuerza mortal es suficiente para nosotros. Necesitamos cantar, como sigue: «El brazo de carne te fallará, no te atrevas a confiar en el tuyo». Cuando una nación, un pueblo o una congregación del pueblo de Dios comienza a confiar en el poder y el entendimiento humanos, ¡se expone a ser golpeada por el desastre! Dios dijo: «Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la

¹ C. E. Armerding, *The Expositor's Bible Commentary (El comentario bíblico del expositor)*, vol. 7, *Habakkuk (Habacuc)*, ed. F. E. Gaebelin (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing Co., 1985), 503.

² Donald A. Leggett, *Loving God and Disturbing Men (Amar a Dios y maltratar a los hombres)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1990), 97.

arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes» (Isaías 13.11). Recordemos la vanidad de confiar en poderes mortales, porque tal dependencia solo atrae la ira de Dios (cf. Proverbios 8.13).

Tal vez el mejor ejemplo de nuestra insuficiencia para proveer fuerza duradera lo constituyan aquellos que confiaron en el poder mortal y rechazaron la fuerza divina. Belsasar, soberano de Babilonia, se jactó de su gran poder y de su supremacía mundial, pero al final se halló quebrantado (Isaías 14.5–6). El rey de Tiro se consideraba a sí mismo un dios, pero su poder mortal fue insuficiente para soportar el castigo de Dios (cf. Ezequiel 28.20–23). Nabucodonosor, rey de Babilonia, permitió que el orgullo le engañara con la idea de que Babilonia la Grande fue el resultado de su propia fuerza; pero el orgulloso rey descubrió que el poder de Dios era superior (cf. Daniel 4.34–37).

La gente impía confía en la fuerza de los poderes mortales. Los valores de la inmoralidad fallan por causa de los cimientos defectuosos en que descansan.

EL FRUTO DE ELLOS: VIOLENCIA (1.9)

Al vivir por sus propias leyes, al despreciar a Dios con actos despóticos y al rechazar los valores del cielo, Babilonia llegó a ser brutalmente violenta. Babilonia llegó a ser infame por su crueldad (cf. 2º Crónicas 36.6; 2º Reyes 24.10–16).

Babilonia ilustra otra verdad: Las naciones que siembran brutalidad, barbarie y crueldad, ¡segarán una cosecha de lo mismo! Judá había actuado con injusticia e iniquidad; ahora ella había de recibir un castigo parecido, como lo ilustra la profecía de Oseas. Oseas profetizó a una nación donde imperaba la violencia. La describió con la frase: «homicidio tras homicidio» (Oseas 4.2b). ¿Por qué era tan inicua esta sociedad? Esta es la respuesta que se da: «... porque no hay verdad, ni misericordia, ni conocimiento de Dios en la tierra» (Oseas 4.1b). Esta aseveración tiene su gran dosis de verdad hoy. ¿Por qué hay tanta violencia y crueldad? La razón es que se están cosechando los «frutos» de una justicia inmoral. ¡Mientras a nuestra conciencia no vuelva un «conocimiento de Dios», seguirá habiendo «homicidio tras homicidio»! Por más legislación que se promulgue, la presencia de la violencia no variará, sino hasta que se establezca el «conocimiento de Dios». Mientras se siga dejando a Dios fuera de las políticas nacionales, la violencia se seguirá intensificando. Así sucedió en Babilonia, en el Imperio Romano y en miles de naciones durante toda la historia.

Al final, Babilonia deificó la violencia. La nación

sentó a la violencia como sus principales dioses en «Bel» y en «Nebo». Esta práctica fue seguida por Roma, cuyos ciudadanos deificaban sus estandartes y armas, y por tribus salvajes que idolatraban flechas y lanzas. Se nota en las naciones modernas que confían en defensas y misiles electrónicos. La lección de la verdad sigue inalterable en cuanto a los «frutos» de una justicia inmoral: La violencia conduce con el tiempo a la anarquía en la sociedad. ¡Es imposible la estabilidad donde las leyes de Dios han sido prohibidas!

EL DESTINO DE ELLOS: LA CONDENACIÓN (1.11)

Babilonia había sido juzgada. Aun con su arrogancia, poderío, riqueza y prestigio mundial, ella estaba sentenciada. Habían dado por sentado que eran invencibles. Habían creído que su superioridad militar era su mejor defensa, pero no hubo quien los defendiera (Isaías 14.5–6, 15). Dios decretó que perecerían. El Imperio Babilonio solo duró ochenta y nueve años.³ Esta fue la justicia que se le aplicó por su culpa. «La deificación de sí mismo es la última idea engañosa de un corazón necio».⁴

Tal vez la más grande de todas las ironías de la historia de Babilonia es que no acertó a darse cuenta de que fueron utilizados por Dios. Aplaudieron sus propios poderes y logros, ¡pero su grandeza no se debió a nada que ellos hubieran hecho! Cuando el poder de ellos desapareció, se dieron cuenta de cuán insuficientes eran. La insuficiencia de ellos se resume en la palabra «pasará» (1.11a). Dejaron de existir como nación. Aunque habían dado por sentado que la herencia de ellos sería una historia que no tendría fin, ¡la adoración de sí mismos los llevó a la ruina!

Esta lección no se debe pasar por alto hoy que la gente confía en su propio conocimiento y en su propia fuerza para sentirse segura. No hay crueldad, crimen ni injusticia que pase desapercibido para Dios. Dios está al tanto de toda injusticia. Puede que utilice personas inicuas para que Sus propósitos eternos se cumplan, pero tales agentes inicuos tendrán que dar cuenta. Puede que nos enorgullezcamos de la ciencia, de la medicina, de la tecnología de los armamentos y de los

³ F. W. Farrar, *The Minor Prophets (Los profetas menores)* (Londres: James Nisbet & Co., s. f.), 167.

⁴ W. J. Deane, "The Book of Habakkuk" («El libro de Habacuc»), *The Pulpit Commentary (El comentario del púlpito)*, vol. 14 (Grand Rapids.: Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950; reimpresión, 1977), 9.

ingeniosos inventos, pero no podemos olvidar que todavía debemos hacer frente al «fin». Grandes potencias mundiales se han levantado y han reinado; pero cuando se embriagaron del éxito y se olvidaron de Dios, ¡se hallaron quebrantados! «Las naciones y los pueblos que se han fundado sobre una cultura que se establece sobre el razonamiento humano y que se ha modificado según los intereses y deseos humanos, sin tomar en cuenta las leyes superiores de Dios, tarde o temprano han llegado a sucumbir sin excepción bajo el peso de lo que ellos mismos concibieron [...] La tierra es un vasto cementerio en el que están enterradas naciones que nacieron y crecieron poderosamente».⁵ El destino que con el tiempo alcanza toda nación que olvida a Dios será el mismo de Babilonia: «... pasará como el huracán». Por más grandes que sean las fuerzas o los avances intelectuales, la nación impía no permanecerá. Los pecados nacionales producen ruina nacional. La manera como más rápidamente pondrá en peligro una nación su seguridad nacional, consiste en que sus dirigentes hagan a un lado la justicia, y vivan por una justicia que se origina en ellos mismos (vea Proverbios 14.34). ¡Existe un imperativo moral que las naciones deben acatar, si han de conservarse seguras!

CONCLUSIÓN

Dios tenía dominio no solo de Israel, sino también de Babilonia, Asiria y Egipto, y Él tiene dominio de todos los países hoy (Isaías 40.15). Dios tiene un plan determinado para la historia y Sus propósitos eternos se cumplirán (Isaías 14.27a). Puede que no veamos ese plan divino en el presente, pero podemos estar seguros de que con el tiempo veremos una maravillosa obra realizándose (Isaías 46.9–10).

Es un gran consuelo el que llega a los que luchan con su fe, cuando se dan cuenta de que Dios realiza Su obra de acuerdo con Su voluntad y en Su tiempo (Salmos 33.10). Así, hay esperanza aun cuando el mal parece estar triunfando.

Los versículos 5 y 6 dicen: «Mirad entre las naciones [...] he aquí, yo levanto a los caldeos [...] para poseer las moradas ajenas». Cuando el mal parece triunfar, no debemos desesperarnos. Esperemos en Dios, cuya soberanía juzgará a todos (Salmos 2.1–4).

¿Qué podía hacer Habacuc ahora? Había obedecido a Dios, pero ahora era minoría. Había prestado oído a la Palabra de Dios, pero eran muy pocos los que también lo habían hecho. Su país estaba a punto de ser invadido. Todo lo que podía hacer era orar y confiar en las promesas de su Todopoderoso Dios.

La primera interrogante de Habacuc había sido respondida. Dios no toleraría el mal. Dios levantaría a la nación más inicua de la historia para castigar las injusticias de Judá, pero ese instrumento de ira divina no quedaría impune. Dios sabía lo que estaba haciendo. Estaba usando los instrumentos elegidos por Él para hacer cumplir Sus propósitos, y esos propósitos se realizarían (Deuteronomio 28.49). Así, Habacuc no tenía razón para desfallecer ni hacer concesiones. Podía permanecer tranquilo, confiando en el gran poder de Dios. ¡Nosotros también podemos! ■

⁵ Sanford Calvin Yoder, *He Gave Some Prophets: The Old Testament Prophets and Their Message (Él dio algunos profetas: Los profetas antiguotestamentarios y su mensaje)* (Scottsdale, Penn.: Herald Press, 1964), 156.